

sa con la laguna. Y una vez llegada al Lido, el áureo palacio flotante se detiene, circuido por los cincuenta busones; ó sean, góndolas de respeto y de gala llenas de coros y de orquestas. Las demás particulares que, siendo de espectadores, aumentan y embellecen el espectáculo, se quedan á respetuosa distancia, así como las naves de alto bordo. Todo el mundo se pone de pié y se descubre, ménos los altos dignatarios. El Patriarca bendice el anillo nupcial, en cuya piedra está gravado el leon de San Márcos, y se lo entrega al Dux. Un coadjutor vierte de rico vaso áureo agua bendita al mar, y en el centro de los círculos que esta agua forma al chocar con la superficie celeste, arroja el Dux su anillo en demostracion de eterno dominio. Y en efecto, Venecia por aquel tiempo, rodeada de sus escuadras como de sus dioses menores, soberana de tantas islas griegas, señora del comercio oriental, bien puede creerse y llamarse la omnipotente Diosa de todo el Mediterráneo.

En tal fiesta, ántes y despues de ella, debia todo ser allí pura alegría. Mas debo decir que el Dux, objeto de los festejos, se llamaba Foscari. Y quien viera la faz del anciano, jefe principal de la ciudad, notara profundísima tristeza. Bajo el frigio bonete recamado de pedrería sobre la blanca piel de armiño, resaltaba un rostro de palidez cercana á la palidez del cadáver. Sus ojos tenian brillo siniestro, el brillo fosfórico de la agonía; y vidriosos y fijos semejaran los ojos de un muerto, á retener en su inmovilidad alguna furtiva lágrima, que caldeaba la mejilla, dejando un rastro como si fuese gota de fundido plomo. Cuando la ceremonia se concluyó y se disolvió el cortejo, iban dos nobles de primera clase en góndolas arrellanados, uno de madura y otro de temprana edad, vestido aquel de senador veneciano y éste vestido de patricio florentino. En efecto eran el noble Loredano y el nobilísimo Montaperto, aquel por vez primera entrado en nuestro relato, y éste, antiguo conocido de cuantos leyeren nuestra historia. Separados de la piazzetta, ántes que los demás, no solo por la maestría de los gondoleros, cada cual levantado con su largo remo en mano á uno y otro extremo de la góndola, sino tambien por el respeto con que las demás, allí arribadas, y de allí apercibidas á retirarse, les abrieran paso, perdiéronse en las tortuosidades de los estrechos canales. Era ya de noche. A la espléndida luz de las lagunas, que relumbran hasta en las tinieblas, sucedió espesísima oscuridad. La mística lámpara, encendida ante alguna sagrada imagen, y que apenas esclarecia las paredes; ó el farol colgado á la popa de alguna góndola, y que apenas rielaba en las bituminosas aguas; servían como los fuegos fátuos en los cementerios para aumentar la soledad y la tristeza. Los murciélagos y los buhos que pasaban, eran como los únicos habitantes de aquella soledad. El agua verdi-negra cubria las primeras gradas de las escaleras de mármol parecidas á escalinatas de abandonados panteones. A las puertas de los palacios que creeríais desiertos, amarrados de los pilotes

que creeríais como una vegetacion infernal, segun lo sombríos y lo desnudos, mecíanse las góndolas, que, en su negror, creeríais tambien ataúdes flotantes, aguardando sus muertos en las tortuosas calles, tan sombrías y siniestras como hileras de sepulcros colocados sobre rios de lágrimas. Los gritos de los gondoleros que avisan la marcha para evitar los choques, y las sombras que pasan sobre los arquitos de los puentes para ir de un punto á otro, dan á todas aquellas sinuosidades aires de ciudad fantástica, erigida en círculos de sombras. Bien puede decirse que cuadraba el paisaje á la escena y á la conversacion.

—Debes quitarte de encima un peso abrumador.

Decía Guido á Loredano.

—Que me aplastaba.

Añadía éste.

—¡Cuán sabrosa la venganza!

—A consaguir la he consagrado mi vida.

—Yo me creí destinado al bien, al amor, á la felicidad, Loredano; mas, desde hace algun tiempo, he vendido mi alma á las furias infernales por ver si pueden procurarme la satisfaccion de mis rencores y el placer de mi venganza.

—Guido, comprendo cuánto batallarás por lo mucho que batallo, preparando mi emboscada con el sigilo de quien juega la existencia y se encuentra en esta alternativa: ó arrancar agena cabeza ó perder la propia.

—No combato con poderes tan altos ni con personajes tan ilustres como aquellos con quienes tú combates. Busco un calavera; fraile escapado al claustro, pintor escapado al taller, ciudadano escapado á la República, que ha cometido el crimen de robar en plena procesion á la única mujer á quien yo he amado en el mundo, trayéndosela, segun mis noticias, consigo á vuestra Venecia.

—Pecata minuta.

Dijo Loredano alzando los hombros al ver que tales fruslerías pudiesen embargar el ánimo de un noble.

—Los sucesos de la vida no importan tanto por lo que en sí mismos son, como por el valor que nosotros les damos. Asuntos de amores pariente fruslerías á tí, metido en los asuntos de Estado, cuando para mí son más que la vida y que el alma. Si pudieras asomarte á mi corazón, verías cómo padezco por mi amada, más, muchísimo más de lo que tú puedes padecer por tu patria.

—Callemos. En Venecia no se debe hablar así. Los mares de la antigua Grecia se hallaban poblados de diosas hermosísimas; y estos mares que surcas, estos mares de la moderna Venecia, se hallan poblados de siniestros esbirros. Callemos, pues, hasta llegar á casa.

—Callemos tus negocios. En cuanto á los míos, bien públicos deben ser; como que necesito averiguar dónde se han recluso el raptor y la robada.

—Estos esbirros nuestros son únicos en materias políticas. Ninguna inquisición está servida como la inquisición veneciana. Saben desde lo que come el Dux hasta lo que sueña. Diríase que poseen los espías una llave para penetrar en la región sombría del pensamiento donde se anima la voluntad y se forjan las intenciones. Pero, en tratándose de extranjeros que vienen para su divertimento y recreo, por pasatiempos, por gusto, por amor, como no les interesa ninguna de esas cosas, déjanlos estar á sus anchas, yéndoles lo mismo en que vivan ó mueran. Cada embajador, cada príncipe, cada padre de la patria, cada noble, lleva á su lado un esbirro, visible ó invisible, mientras los calaveras tienen carta blanca para hacer cuanto les dé la gana por nuestras lagunas, con tal que no toquen al fruto prohibido y al terreno vedado de la política.

—No me digas eso, porque me desesperas. ¿Cuándo voy á encontrar á mi pareja? ¿Cuándo voy á saciar mi venganza?

En esto llegaron á la casa, descendieron de la góndola, y subiendo precipitadamente la escalera, entraron en retirado salón, donde se dieron á la plática empezada en plena piazzetta, despues de haber escudriñado los tapices y hasta los cofres para ver si guardaban algun espía; precaucion naturalísima en la espíada Venecia.

—¿Le has visto?

Preguntó Loredano.

—Le he visto.

Respondió Guido.

—¿Has notado su tristeza?

—Parecía un cadáver vestido con las insignias ducales.

—Morirá á mis manos.

—¿Loredano?

—Es el asesino de mi padre.

—¿Estás de ello seguro?

—En secreto mayor que el secreto de la confesion dijo cierta noche que, mientras viviese un Loredano, jamás se creería príncipe reinante.

—¿Y cómo lo supiste?

—Por un espía enmascarado que vino á este mismo sitio y que nunca quiso decirme su nombre.

—Averigua en esas condiciones la verdad.

—La verdad es que á los pocos días murió mi padre envenenado.

—¿No de ninguna otra muerte?

—No, estoy bien seguro.

—¿Y desde entonces?

—Tramo mi venganza.

—¿Sin descanso?

—Alguno.

—¿Sin riesgo?

—Con muy terrible riesgo. Como que todos los días suelo cogerme, al levantarme, la cabeza con ambas manos para ver si está sobre mis hombros. El principal auxiliar que tengo es mi convencimiento de un destino inevitable señalado por la Providencia á mi vida; el de tranquilizar los manes de mi padre, ofreciéndoles el holocausto de una venganza.

—¿Qué placer tan intenso! Exclamó Guido. Ver al que os ha hecho sufrir sufriendo bajo vuestro dominio; escuchar con avaro oído las quejas que lanza del pecho en los horrores de una angustia grande como la angustia que os ha causado en otro tiempo; sentir como las maldades reciben el condigno castigo y se cumple á vuestros ojos indefectiblemente la justicia; todo esto debe dar al corazón humano la feroz alegría que sienten las alimañas carniceras al tener entre sus garras y al toque del hocico las carnes frescas y la sangre caliente de sus presas por largo tiempo atisbadas. Sin ambiciones y sin amores, harto de riquezas, ajeno á todos los placeres, vivo en la tierra solamente para satisfacer la pasión que me posee, la pasión de una horrible venganza. Por saciarla he venido á Venecia, é iria si fuese necesario, al último término de la tierra.

—Participo con tal intensidad de tu sentimiento, que he abierto una cuenta á los Foscaris, y los he puesto entre mis deudores; cuenta que no habrán pagado hasta que no hayan caido á mis plantas sin corona y sin cabeza.

—Y veo como te desquitas.

—Calla, ese anciano solamente ama en el mundo al Benjamin de su familia, al hijo de sus postrimerías, al mas jóven de los Foscaris.

—Buen padre.

—Pero olvidado en el trono de que hay otros padres amantes de sus hijos, y otros hijos amantes de sus padres.

—Sigue.

—Si el viejo Foscari ama sobre todo en el mundo al jóven Foscari, ¡ah! el jóven Foscari ama sobre todo en el mundo á la hermosa Venecia. Yo creo que preferiria un ataúd hundido en la arena de nuestras islas á un trono alzado en el primero y mas excelso lugar de la tierra. Si le privais de respirar el aire de las lagunas, muere; si de ver la luz de nuestros cielos, ciega. Ya conoces cuán grande es mi odio; pues me he conmovido, saltándome en el pecho este corazón mas frío que las piedras de su calabozo, al oírle decir que le dejasen allá en su prision, enterrada bajo el limo de los lagos, mas estrecha y mas fría que la tumba, con tal de saber que su suelo era el mismo suelo de su patria. La planta nacida en el cieno de nuestras lagunas, alimentada de sus sales, no se descolora y se pierde, al desarraigarla, como ese jóven corazón separado del hogar de sus conciudadanos. Y yo

he llevado al viejo Dux en persona á la presidencia de un tribunal donde condenábamos su hijo al destierro, y le he obligado á firmar una sentencia dada contra su consejo y su juicio y su voto, mostrándole así cuán esclavo de sus enemigos y de sus émulos ha de ser, en la altísima dignidad que tanto deseaba, y por cuya conservacion no dudó en sacrificar al padre de mi alma. Y luego, en los bajos de ese mismo palacio, donde habita con los esplendores de un Dios, y se cree dueño de todos los dominios venecianos, ha visto erigirse el tormento y descoyuntarse entre sus ruedas los huesos del cuerpo, mas querido que su propio cuerpo, del cuerpo de su hijo. Y yo allí, mirándole en su sede como en una cruz, todo cubierto de un sudor frio como el sudor de la agonía, tembloroso de piés á cabeza con sacudimientos epilépticos, acordábame de mi padre, y veía que aun no estaba tan castigado, cual yo hubiera querido, su bárbaro sacrificador.

—¡Ah! Y es un hombre ilustre tu enemigo. Ni en guerra ni en paz lo tuvo mas afortunado vuestra República. Su génio militar salvó á Salónica de los turcos; preservó las costas adriáticas y las islas griegas de mil conflictos; unió á vuestros dominios ciudades y tierras defendidas por duques tan valerosos como los duques de Milan. Su génio político ha concluido con el concurso de Cosme de Médicis una liga italiana que puede oponer fuerte dique á todas las invaciones extranjeras. Le debéis nuevos dominios y le debéis antiguas glorias. Porfia grande la tuya combatir con tan poderoso enemigo.

—Entre nosotros le pierde su grandeza. Demasiada inteligencia y demasiada gloria, dañan mas que sirven aquí en Venecia. Mucho valen los dominios dilatadísimos que en tierra tenemos y las posesiones del mar; pero mas vale el dominio sobre nosotros mismos, y la posesion del derecho. Queremos nuestras islas, pero no tanto como nuestras instituciones. Y cuando un hombre se eleva demasiado, tenemos que nos quite con su sombra la luz misma del sol. Así nada mas fácil de hacer que levantar sospechas en ánimos naturalmente suspicaces. Y la primer sospecha por mí sembrada y de los demás creída, fué que en la familia de los Foscari se tramaba, entre los mas viejos y los mas jóvenes, nada menos que sustituir la presidencia vitalicia de la República con la presidencia hereditaria. De aquí el horror y el odio que han tomado nuestros próceres á los Foscari y á sus mas gloriosos hombres. Fundado en este horror, todo lo pude yo inventar y ellos creer. Dije un dia que recibió el jóven Foscari presentes de los Duques de Milan, y lo aceptaron sin escrúpulo. El tormento, que enloquece de dolor, se puso de mi parte y arrancó las deseadas confesiones. Tras el tormento material, cuyos torcedores rompieron sus huesos, vino otro tormento moral, el destierro á Trieste, desde donde oia casi á lo lejos el sordo murmullo de Venecia sin poder verla y hablarla, retorciéndose como el sediento que oyera correr oculto bajo sus piés un torrente. Mataron á Do-

nato, al jefe del Consejo de los Diez, y volvimos á impultarle este crimen. Nuevos torcedores acabaron de destrozar su cuerpo; y un destierro apartado, el destierro en Candia, á lacerar su alma. El hijo no era en todo esto mas que el instrumento con cuyos cortes desgarrábamos implacablemente las entrañas del padre. ¿Quién no quiere sufrir mil veces todos los dolores reunidos antes que ver el sufrimiento de un hijo? Lo primero que se nos ocurre es dar la vida por aquellos á quienes hemos dado vida. Cuántas veces, á pesar de la inercia del viejo, y de su silencio y disimulo aprendidos en la práctica constante de nuestras instituciones, le he oido decir con su mirada y con sus ojos, que tomáramos las tenazas y le quitáramos á él sin piedad los pedazos de carne que arrancábamos á su hijo. Y este cuitado acaba nuevamente de caer en nuestras garras. Dolorido por no ver su Venecia, ha ideado que, cometiendo un crimen, acaso la veria, aunque fuese en los pozos ó en los plomos, en el potro ó en el cadalso. Y ha escrito al Duque de Milan pidiendo que intercediera por él en nuestro senado. Y como pedir una intercesion equiva'e á pedir una intervencion; y la intervencion en nuestros asuntos, pedida por un ciudadano al extranjero, equivale, en la clasificacion de los delitos, al antiguo de lesamajestad entre los romanos; sufrirá nuevamente hasta que yo vea satisfecha mi venganza.

—Cruelles sois en Venecia.

—Estas crueldades tienen su relativa utilidad.

—Quizás.

—Evitar, por ejemplo, el mal que no habeis podido evitar en Florencia.

—¿Cuál?

—El mal de un protectorado que al fin llega á tirania. Grande es Cosme de Médicis; y casualmente eso es lo que nunca debiérais perdonarle, su grandeza. Ningun hombre vale tanto como la patria; ningun poder debe pesar tanto como las instituciones.

—Llevais demasiado lejos las sospechas.

Dijo Guido.

—Y los castigos, y las venganzas, añadió Loredano. Siempre hemos sido lo mismo. Familias ilustres hay inscritas en el Libro de oro; ninguna tan ilustre como la familia de los Falieros. Dos príncipes de esta raza nos habian gobernado antes del tercero y último. El uno conquistó á Zara, y el otro gobernó en paz y libertad la República. Con estos recuerdos y los propios servicios, Marino Faliero se ciñó la ducal corona. Su nombre, que parecia imposible de ilustrar, se ilustró aun mas, venciendo al rey de Hungría y aumentando el número de victorias que contamos en nuestros anales. En edad bien avanzada llegó al solio; y por un raptó de cólera perdió en el solio la cabeza. Daba en su palacio brillante baile de máscaras, y un jóven de la mas distinguida nobleza y del Consejo de los Cuarenta, hubo de cometer excesos tales, que lo mandó lanzar del salon á la calle. Resentido

el expulsado de este agravio, infirió al Dux otro agravio mayor. Como recordara que tenia, á sus años, una jóven y hermosa mujer, de la cual estaba enamorado y celoso, inscribió en la sala de los consejos esta inscripcion: «nuestro príncipe tiene muy bella esposa; pero si él la paga, otro la posee.» Procesado por tal agravio, condenáronle á pena irrisoria. El Dux, al saberlo, se creyó agraviado por la nobleza, y conspiró contra las leyes. Y las leyes le cortaron la cabeza en la escalera ducal y á la puerta misma de su espléndido santuario. El noble, que habia servido de verdugo, mostró al pueblo irritado la espada todavía humeante, para mostrarle tambien como no hay cabeza, por alta que esté; ni majestad, por grande que sea, superiores á nuestra República y á nuestra Venecia. Implacables, impiamente debemos ser implacables en la observancia y en la defensa de nuestras leyes.

—¿Y un caso semejante meditais ahora?

—¿Semejante? Idéntico.

—¿Quereis descabezar á Foscari?

—Poco mas ó menos.

Dijo Loredano con indiferencia.

—¿No temeis al pueblo?

—¿Nosotros?

—Vosotros.

—Nunca lo hemos temido.

—Porque siempre lo habeis intimidado.

—Verdad.

—Pero llega un dia en que suele despertarse.

—No te veo tan decidido por la vengaza como antes, Montaperto.

—La mia me parece justa; la vuestra me parece excesiva.

—Así solemos juzgarlo todo. Vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el propio.

—En las venganzas particulares libramos nuestro interés ó el interés de nuestra familia; pero en las venganzas públicas libramos el interés de la patria.

—Guido, quieres vengarte de un fraile que te ha robado tu amada; y yo quiero vengarme de un Dux que me ha robado á mi padre.

—Tienes razon, exclamó Guido, no debo reconvenir á los que saben vengarse, cuando desolado busco por toda la tierra una venganza. Si yo tuviera en mi poder al fraile procaz que me ha robado mi dicha, no sabria con qué clase de tormento castigarle. Me parece que le daria cien vidas para poder darle cien muertes. Me parece que, sentado habia de estar en el círculo último de los infiernos sin cansarme, si veia que por toda una eternidad empleaban los ángeles de las tinieblas en él todas las penas infernales: que es insaciable mi cólera.

—Pues no te extrañes, Guido, de mis iras, y aguarda á ver el término de mis tramas.

En efecto, al tiempo prefijado por Loredano, pasaba terrible escena en el salon inmenso donde el Dux de Venecia celebra las grandes ceremonias. El gran balcon que da sobre el muelle de los Esclavones, abierto estaba de par en par, dejando paso al aire picante y á la luz deslumbradora de las lagunas. Las velas de los buques, próximos á zarpar, henchíanse allí al pié de favorables vientos; y las palomas arrullaban entre las esculturas de mármol y lucian los bronceados matices de su plumaje azul oscuro y violeta. Dilatábase la vista por los admirables monumentos, por las floridas islas, por los campanarios, que imaginárais prontos á moverse, como si flotaran, por las lagunas, por el lejano Adriático. Y cerca de aquel balcon, apoyado sobre un báculo, encorvada la espalda, extictos casi los ojos, trémula cual si tuviera apoplejía la cabeza, petrificado el semblante, estaba erguido el viejo Dux, á cuyos piés yacia, estropeado, maltrecho, herido, descoyuntado, cubierto de sangre, arrastrándose casi por no poder ponerse ni siquiera de rodillas, un jóven á quien grandes tormentos acababan de martirizar y que tenia con el viejo cercana semejanza. Eran los dos Foscari, Francisco, el Dux; Jacobo, el hijo del Dux. Condenado el infeliz mancebo á tortura, habia sufrido cuarenta sacudidas terribles á las cuarenta vueltas que dieron los instrumentos de su pasion sin quejarse casi; y condenado á nuevo destierro se plañia y lamentaba á este dolor moral como si le abrasaran carne y sangre, ó le rompieran miembros y huesos. Imaginaos el perro lanzado de la querida casa de su dueño; el ave despojada de su nido; la leona herida en sus cachorros; la madre que acaba de perder al hijo de sus entrañas; reunid todos esos pios, todos esos aullidos, todos esos rugidos, todos esos lamentos, y acaso concebireis la expresion varia que al dolor daba aquel cuitado al verse de nuevo constreñido á dejar su patria.

—Que me maten, padre, que me maten. Al subir la escalera del cadalso sonreiré gozoso, porque mi último suspiro será para el aire y mi última mirada para el cielo de Venecia. Que me maten, si quieren, pero que no me separen de tu lado, de este hogar, de esta ciudad, de mi patria. Cuántas veces hubiera querido ser el pez sepultado en los fangares, la sal disuelta en las aguas, el canto rodado por las ondas con tal de estar perpétuamente aquí donde he nacido. Que en buenhora me maten, pero que no me destierren. Mis carnes se hallan separadas de mis huesos, por la horrible fuerza de los tormentos. Y al descoyuntarme así, han invocado tu nombre y han dicho que cumplian tu sentencia. (El Dux inclinó la cabeza hácia atrás como para no oír semejante blasfemia). No me dolí, no me duelo todavía, á pesar de tantos dolores como me atenacean. No me quejaré, no me quejo todavía, á pesar de tantas penas como me aguardan. Tú me vestiste de estas carnes con tu amor; tú las conservastes con tu cuidado; plu-